



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XXII Domingo durante el año
30-VIII-2009

Textos:

Deut.: 4, 1-2. 6-8

Sant.: 1, 17-18. 21-22. 27

Mc.: 7, 1-8. 14-15. 21-23

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”

El pasado domingo, meditábamos sobre el desafío de vivir un tiempo, una cultura, una sociedad fuertemente secularizada, y sobre el efecto que esto tiene en nuestra conciencia, nuestro estilo de vida, nuestra coherencia y nuestra fidelidad a la Palabra de Dios que, como afirma Santiago, ha sido sembrada en nosotros.

A los cristianos la primera dificultad nos viene del vértigo por la novedad, que invade y domina la mentalidad moderna, que genera afirmaciones, propuestas para que la Iglesia y hasta el mismo evangelio deban adaptarse a estos tiempos. Esto nos instala en un asfixiante relativismo que siembra la incertidumbre moral, la moral de situación, el relativismo que, con la frivolidad que proclama que si la vida no es divertida no vale la pena vivir afectan la profundidad de la vida de fe que nos hace vacilar ante Dios.

La vida de relación con Dios, queda reducida a un puro subjetivismo perdiendo la dimensión objetiva de la vida cristiana que tiene como fuente a Dios, a Su Palabra y no lo que yo creo, lo que me gusta o siento que me lleva a construir una vida cristiana a mi medida y no a la medida de Cristo, dejando de lado al evangelio por seguir las pautas de la sociedad o lo que yo pienso o siento. “Hoy se tiende -afirmaba el card. Ratzinger- a reducir la fe cristiana y la religión en general a la esfera subjetiva. No se acepta la objetividad de la actuación divina”, ni las exigencias del evangelio.

La Palabra de Dios nos exhorta a “una religiosidad pura y sin macha delante de Dios”, que es vivir según la caridad.

Así como los fariseos habían reducido la vida a preceptos y costumbres puramente humanas, hoy podemos reducir al cristianismo a un puro pietismo, espiritualismo, a actos, gestos, eventos que pueden estar vaciados de evangelio.

Hermanos, el cristianismo puede ser invadido por “cierto «divertimento» intelectual (o piadoso), hablando de cosas trascendentes pero sin ese realismo que llega hasta lo concreto de nuestra vida” (Card. Ratzinger).

El Señor, ante el reproche de los fariseos que dicen: “¿Por qué tus discípulos no proceden de acuerdo con la tradición de nuestros antepasados, sino que comen con las manos impuras?”, nos exhorta a purificar el interior, pues del corazón salen los malos pensamientos que contaminan al hombre. Y san Agustín nos pregunta: “¿de qué sirve que la carne esté limpia si está sucio lo que la habita?” (Jerem. 85, 8).

También, citando al profeta Isaías, Jesús les echa en cara su vida de oración, puramente exterior y superficial. Los Padres de la Iglesia haciendo referencia a este pasaje del evangelio, afirmaban: “El que ora sólo con los labios y descuida la mente, ora al viento porque Dios mira el espíritu”.

En un clima de marcada frivolidad como el nuestro, la vida del cristiano corre el riesgo de perder profundidad, de mimetizarse y dejarse influir por la superficialidad, quedando sólo la cáscara del cristianismo.

Hermanos, no debemos temer ser fieles al evangelio, no nos debe preocupar lo que el mundo piense sobre los principios y certezas cristianas, debemos ser fuertes, “no volubles, sino coherentes; no pagados a las falaces mercedes del mundo, sino deseosos del reino de Dios. No debemos temer, un día, constituir quizás una minoría, si somos fieles; no nos avergonzaremos de la impopularidad, si somos coherentes; no haremos caso de ser unos vencidos, si somos testigos de la verdad y de la libertad de los hijos de Dios” (cfr. Rom. 8, 21). (Pablo VI, 11.II.1970).

Esta necesidad de ganar en profundidad y de unir fe y vida, lo exige la evangelización pues “la Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio” (E.N. 21). No debemos olvidar que “para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiano, entregado a Dios en una comunión que nada debe interrumpir” (E.N. 41), nada debe obstaculizar.

En el esfuerzo por evangelizar, no dudemos que, “será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vívido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra: la santidad” (Id).

La condición para vivir una religiosidad pura y sin mancha, es recibir -dice el apóstol Santiago- con docilidad la Palabra de Dios, y los Padres exhortaban a estudiar las divinas Escrituras: “Examinad las sagradas Escrituras y encontraréis en ellas la vida eterna” (Jn. 5, 39).

Pidamos al buen Dios que nos dé concordia de cuerpo y alma.

Amén

G. in D.